

GUILLERMO H. HUELIN (MÁLAGA, 1815 - CUEVAS, 1876). NOTAS BIOGRÁFICAS DE UN EMPRESARIO DECIMONÓNICO EN LA MINERÍA DEL LEVANTE ALMERIENSE

ANDRÉS SÁNCHEZ PICÓN

Profesor de Historia Económica de la UAL

ORÍGENES FAMILIARES

El 14 de junio de 1816 nacía en el seno de una familia de la más acomodada burguesía de los negocios de la ciudad de Málaga, Guillermo H. Huelin Newman. Sus padres eran Matías Huelin Mandly y Enriqueta Newman Grivegnée y lo cristianaron dos días más tarde, en la parroquia del Sagrario, bajo los nombres de Guillermo, Enrique, María y Basilio. Sólo de los dos primeros haría uso a lo largo de su intensa vida pública dedicada fundamentalmente a los negocios, firmando y girando por lo general bajo las señas de Guillermo H. (Henrique o Enrique) Huelin. El abuelo paterno, William Huelin Silver, había sido uno de esos ingleses que, atraídos por la pujante actividad mercantil del puerto malagueño en la segunda mitad del siglo XVIII, había dejado atrás su Southhampton natal, para trasladarse a la plaza andaluza a finales de la década de 1760. Hacia 1770 contraería matrimonio con Josefa Mandly de Rueda, siguiendo con la pauta endogámica que caracterizaba al grupo social que controlaba el Alto Comercio Marítimo malagueño, una corporación constituida por un grupo selecto de hombres de negocios de origen extranjero, en su mayor parte, en la que se integraría el abuelo Huelin Silver muy pronto. El vino dulce elaborado a partir de las uvas de los Montes de Málaga, o las uvas pasas de la Axarquía, constituían ya durante la segunda mitad del siglo XVIII, una línea de especialización de la producción agroalimentaria que sostenía la casi totalidad del comercio de exportación malacitano.

Las redes comerciales y financieras, tejidas con firmas destacadas de las principales plazas importadoras en Gran Bretaña, Alemania o Dinamarca se fortalecían en la confianza que les inspiraba ese grupo de comerciantes extranjeros del Alto Comercio

Marítimo, al que le unían, a menudo, lazos familiares que eran la expresión de una relación regular e intensa.

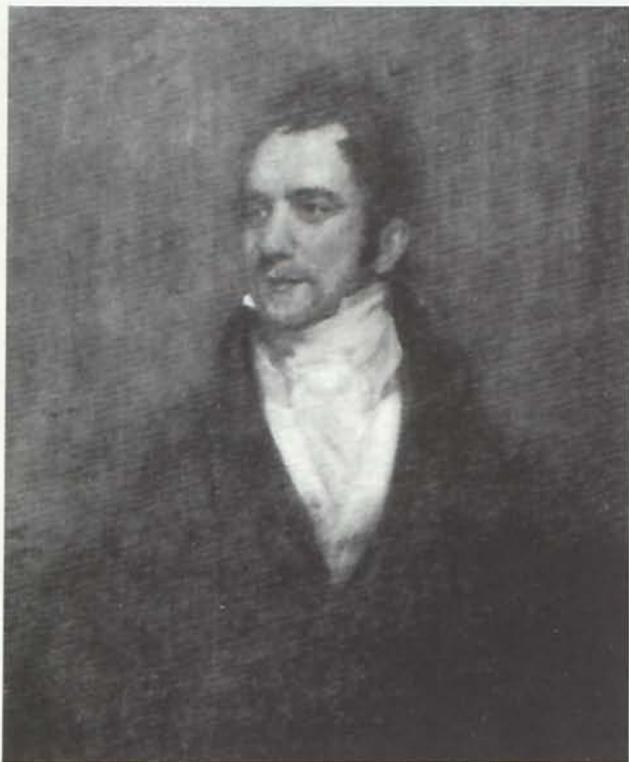
Los negocios se apoyaban en esa fidelidad a unos contactos decisivos para disminuir los costes de información y para facilitar el acceso a los mercados extranjeros. Estas circunstancias resultan influyentes para explicar el ambiente cerrado de este grupo de origen foráneo y la pervivencia de la identidad de origen, británica en el caso de los Huelin, durante al menos tres generaciones y a través de más de un siglo, hasta finales del siglo XIX, mientras que los negocios mercantiles e industriales predominarán como fuente de ingresos del clan familiar.

El padre de nuestro personaje fue el tercer hijo de W. Huelin Silver y sería, junto con su hermano mayor Guillermo, el más destacado en el mundo de los negocios, en los que sobresaldría como un importante exportador de pasas y vinos, a la vez que completaba un importante patrimonio rústico en algunos pagos de la vega malagueña, con ricas fincas plantadas de uva moscatel, y urbano, con varias casas en la misma ciudad de Málaga. También parece que su tío Guillermo Huelin Mandly había sido uno de los avispados explotadores del grafito de Marbella en los años 1820.

No disponemos de datos precisos de la infancia y formación del joven Guillermo H. Huelin. Suponemos que debió realizar alguna estancia en las Islas Británicas, aunque pronto, y una vez completa su educación (de carácter práctico siguiendo muy de cerca los negocios familiares), tomaría una decisión muy trascendente para su futuro profesional y personal.

EN LA AMÉRICA RECIÉN EMANCIPADA

Hacia 1840 el joven Huelin decide trasladarse a América. Se instala en Valparaíso, desde donde hará frecuentes viajes a diferentes plazas del cono sur latinoamericano: Santiago de Chile, Buenos Aires y



Manuel Agustín Heredia, importante empresario malagueño a cuya actividad comercial e industrial se halló siempre vinculado Guillermo H. Huelin.

Montevideo. La decisión de instalarse en América está relacionada con la estrecha vinculación de Huelin con la más importante empresa comercial e industrial del momento: la casa de Manuel Agustín Heredia.

Este empresario malagueño, de origen riojano, que protagonizaría las iniciativas industriales más importantes de la España de su tiempo, va a tener también un papel protagonista en la recuperación de las relaciones comerciales con los territorios hispanoamericanos recién emancipados tras la derrota española de Ayacucho (1824). Los esfuerzos de Heredia eran antiguos, ya que, según documentación que se conserva en el Archivo General de Indias, su compañía de comercio había obtenido entre 1818 y 1820, en plena insurrección colonial, permisos para la exportación de géneros de algodón extranjeros, en buques neutrales, «completando la carga con frutos y efectos del país». Por las investigaciones realizadas por Cristóbal García Montoro sabemos de la asociación de los hermanos Guillermo y Matías Huelin (padre de nuestro biografiado) con Manuel Agustín Heredia para la exportación de frutos y vinos, desde antes del año 1826, en que se reorganizarían como una sociedad en la que Manuel aparecería como socio comanditario que aportaba la práctica totalidad del

capital (500 mil reales de un total de 686 mil). Los lazos financieros de los Huelin con Heredia se mantendrían, al menos hasta la disolución de la sociedad en 1839; aunque unos y otros se encontrarían en varios negocios en la década siguiente.

Lo cierto es que desde esta época la casa de Heredia actuaría como la banquera de los Huelin y que esta relación financiera se antoja determinante en la decisión de hacer las Américas por parte de nuestro joven personaje. La estancia ultramarina del que ya firmaba como Guillermo H. Huelin, fue fundamental tanto desde una perspectiva personal como profesional. En Santiago de Chile y en Valparaíso, plaza donde se instalaría en los años 1840, entraría en contacto con personas influyentes del ámbito económico, social y político. Una de ellas sería el acaudalado miembro de la burguesía criolla santiaguésa José Toribio Larrain, casado con una dama catalana con la que había tenido una hija, Carolina Larrain Moxó, nacida en la capital chilena en 1822. En 1847, cuando Guillermo contaba con 31 años de edad, contraería matrimonio con la joven Carolina, con apenas 25 años. El enlace fue extraordinariamente beneficioso para el joven anglomalagueño, ya que la novia aportaría al matrimonio la muy sustanciosa dote de 75 mil duros o pesos fuertes (un millón y medio de reales). Una verdadera fortuna a la que habría que sumar, años más tarde, la legítima heredada por Carolina de sus padres y que ascendería a otros 25 mil duros más.

No tenemos más que indicios indirectos de la actividad comercial de Guillermo H. Huelin en Valparaíso. De todos modos son suficientes para intuir su importancia, así como la ya señalada estrecha vinculación de la misma con los Heredia. En el inventario de los bienes existentes tras el fallecimiento del empresario originario de la riojana comarca de Cameros, redactado en 1846, se nos ofrece un dato concluyente de los negocios que le unían al joven Huelin. En el documento notarial aparece registrada una deuda a favor de la testamentaria denominada «Guillermo Huelin de Valparaíso», que ascendía a más de 2,4 millones de reales. Esta cifra era uno de los débitos más cuantiosos a favor de los herederos de Manuel Agustín Heredia, sólo por debajo de los anotados para la valoración de los principales negocios industriales del empresario fallecido (la Ferrería la Constancia y un Almacén de Vinos, ambos en Málaga), pero muy por encima de los reconocidos a otros establecimientos industriales como la fábrica de jabón o la fundición de plomo de Adra (Almería).

A esta anotación hay que unir otra deuda a nombre de «Huelin Collman y Cía» de Guayaquil, que ascendía a 1,79 millones de reales, en la que tal vez tuviera también participación nuestro personaje.

La investigación disponible hasta el momento arroja poca luz sobre las actividades de Huelin en estas plazas iberoamericanas. Su papel fundamental debió ser el de representante de la casa de Heredia que le abriría, a tenor de la cifra inventariada, una generosa cuenta para la remisión de productos malagueños, fundamentalmente vinos y pasas, tráfico en el que, por lo demás, sus familiares, los Huelin de Málaga, habían sido desde hacía varias décadas destacados exportadores. De regreso, los buques vendrían con carga de mercancías ultramarinas como cueros o, sobre todo, el guano chileno y peruano, que comienza a utilizarse en esta época y que supuso una verdadera revolución en la oferta de fertilizantes.

En la crónica que hace Ramón de la Sagra en 1845 de las empresas siderúrgicas levantadas por Heredia en Málaga, se encuentran referencias a las existencias de guano en sus almacenes. La oportunidad abierta por el descubrimiento y explotación de los depósitos del abono del Sur del Pacífico, de donde se harían las primeras exportaciones hacia Europa en 1841, no habría pasado desapercibida para Manuel Agustín. El interés del gran impulsor de la primera industrialización andaluza por los mercados latinoamericanos, le llevaría a la compra o construcción de una docena de buques, entre fragatas y bergantines, con los que, como él mismo decía en su alegato de 1841 a favor de una reforma arancelaria que protegiese a la industria nacional, hacía «la carrera de las Américas hasta el mar Pacífico». Sus bergantines como los llamados «Amalia» (en el que era socio del comerciante de origen vasco afincado en Londres, Cristóbal Murrieta), «María» o «Isabel II», eran utilizados en esta carrera hacia el Pacífico, con carga en muchas ocasiones consignada a Guillermo H. Huelin de Valparaíso.

Movido por los negocios, Huelin se desplazaba con frecuencia por las más importantes plazas del cono sur latinoamericano. Disponemos del relato de una de esas travesías en la que se producirían algunos hechos que además nos ayudan a recordar cómo la zona del Pacífico Sur era todavía, en la primera mitad del siglo XIX, una de las fronteras más remotas e ignotas del mundo conocido.

Las noticias al respecto nos la proporciona uno de los personajes más influyentes en la historia



Domingo Faustino Sarmiento, presidente de la República Argentina de 1868 a 1874, con el que Huelin mantendría una relación de amistad durante su etapa americana.

iberoamericana del siglo XIX. El prócer de la República Argentina, Domingo Faustino Sarmiento (presidente de la República entre 1868 y 1874), se había tenido que exiliar por segunda vez durante los primeros años de la década de 1840 en Chile, junto con otros políticos y pensadores argentinos que buscaban en la nueva república transandina, un refugio seguro frente a la persecución a que los sometía la dictadura de Rosas. Algunos miembros destacados de este grupo recalaban en Valparaíso y Huelin debió entrar en contacto con ellos. Sabemos que en 1847 el abogado Juan Bautista Alberdi, otro de los padres inspiradores de la constitución política de Argentina, representaría al comerciante Guillermo Huelin en un pleito que tuvo que sostener ante el Tribunal Consular de Valparaíso.

Sin embargo va a ser al estadista Sarmiento a quien debemos el relato de una rocambolesca escala que realizaron durante un par de días de diciembre de 1845, el mismo Sarmiento, nuestro biografiado Huelin y un tal Solares, a la sazón cónsul de Brasil en Bolivia, en la antigua, legendaria y deshabitada Isla de Más a Tierra, en el Archipiélago de Juan Fernández en el Pacífico Sur, también conocida como Isla de Robinson Crusoe, por ser el lugar donde Daniel Deffoe había ubicado la peripecia de su conocidísimo personaje literario. Sarmiento cuenta en su libro de viajes por Europa, África y América, realizados entre 1845 y 1847, como tras embarcarse con el «joven» Huelin y Solares en el buque «Enriqueta» en el puerto de Valparaíso, un día de primeros de diciembre de 1845, con destino a Montevideo, la travesía se ralentizaría con vientos adversos que los alejaban, por lo demás, del temido rodeo del Cabo de Hornos, acercándolos al Archipiélago de Juan Fernández. Tras varios días en las inmediaciones de estas islas del Pacífico Sur, algunos miembros de la tripulación, encabezados por Sarmiento, Huelin y Solares, se decidieron a intentar tomar tierra entre los inhóspitos acantilados de la llamada Isla de Más a Tierra. El escritor argentino en su libro de viajes nos ha dejado un relato sugestivo de la sorpresa con que se toparon en la isla, donde encontrarían a un grupo de cuatro marineros norteamericanos que meses atrás habían desertado del servicio y con los que, superado el mutuo susto inicial del encuentro, al que no fuera ajeno el imponente aspecto de un Huelin armado con dos gruesos pistolones, llegarían a confraternizar, para terminar compartiendo una espectacular batida de caza en la que se cobraron algunos ejemplares del numeroso rebaño de cabras asilvestradas que poblaba la isla y que eran descendientes de una pareja introducida por el capitán James Cook, el intrépido explorador británico de los Mares del Sur, en una escala que hiciera en el islote, dentro de sus periplos realizados en los años 1770. Tras una rápida estancia, la barcaza de los expedicionarios, bien aprovisionada, regresaría al buque fondeado frente a la isla, sin recoger, no obstante, a los sorprendentes robinsones que optaron por permanecer en un retiro que algunos de los visitantes juzgaban idílico y envidiable.

EL REGRESO. ALMAGRERA COMO DESTINO

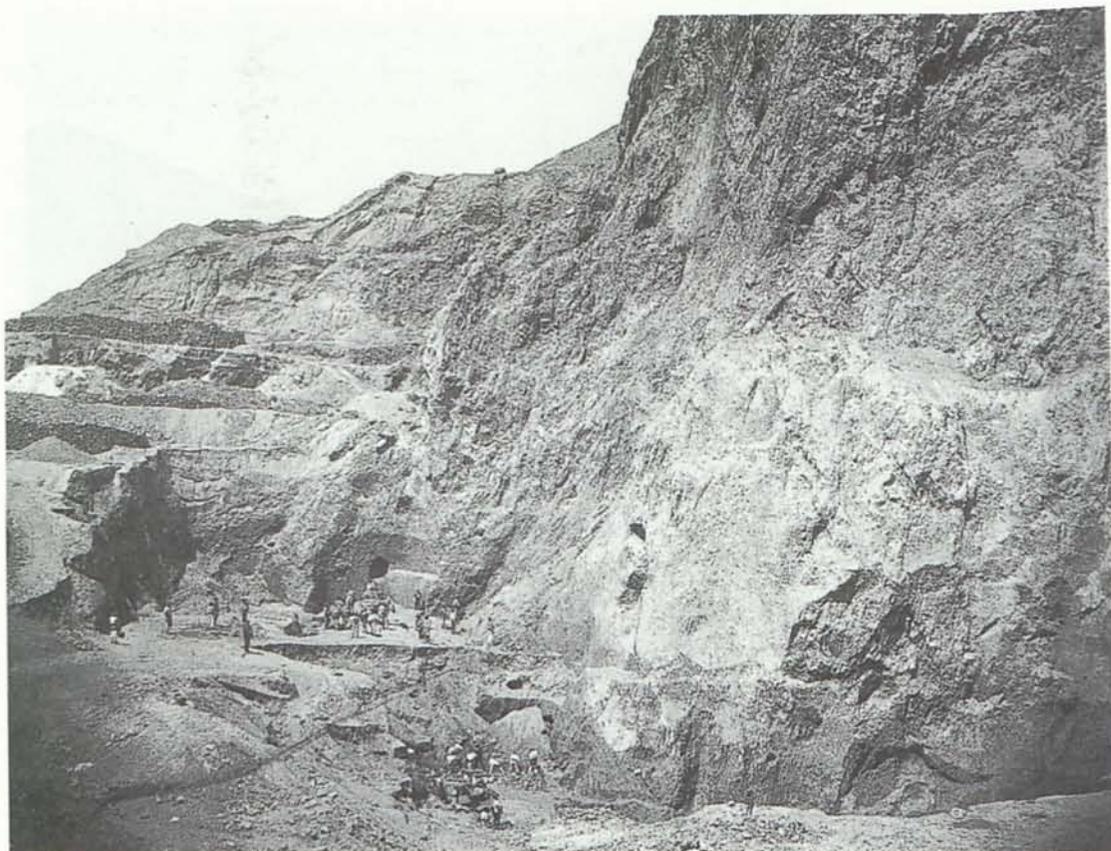
No sabemos la fecha exacta, ni las circunstancias que rodearon el regreso de nuestro personaje a España. Debió producirse después de 1848, radicándose en Málaga donde abriría casa de comercio.

Muy poco duraría su dedicación al giro y la negociación mercantil desde el puerto malacitano ya que al comienzo de la siguiente década cambiaría de nuevo la trayectoria de su actividad comercial y empresarial orientándola hacia la actividad minera y metalúrgica en la provincia de Almería; más concretamente, en la comarca del Levante almeriense, en lo que podríamos denominar el área de influencia de la minería de Sierra Almagrera.

Este giro, aparentemente tan radical, en la localización de los negocios de Huelin, puede explicarse en parte por la confluencia de un cúmulo de circunstancias. En primer lugar, el negocio del plomo no era completamente desconocido para la familia, ya que la casa Huelin de Málaga, encabezada por Matías, había suscrito en 1836 un contrato con el empresario Puidillés que explotaba en asociación con la Hacienda Pública la fundición de plomo estatal de Arrayanes en Linares que les permitió vender, con grandes beneficios, sus metales durante cuatro años. En segundo lugar, la casa Heredia tenía, desde la adquisición de la fundición «San Andrés» de Adra en 1837, importantes intereses en la minería y la metalurgia del plomo de la provincia almeriense que, tras el descubrimiento del filón de plomo argentífero del Jaroso en Sierra Almagrera en 1839, se habían extendido desde la Sierra de Gádor a la comarca del Levante almeriense, pasando por la propia capital de la provincia, donde en 1854 los Hijos de Heredia levantarían la fundición «Santo Tomás», llamada a perdurar durante medio siglo en el barrio de Pescadería a la salida de la ciudad.

En el entorno de Almagrera Heredia tuvo desde el comienzo de la minería una presencia importante pero indirecta, siempre a través de representantes y testaferros (Juan Bautista Enríquez, en los primeros años cuarenta; Francisco Javier Méndez, después; malagueños ambos) que serán los que acuerden los contratos de suministros de mineral con las sociedades mineras, los que gestionen los préstamos o adelantos aportados por la casa malagueña y los que, en fin, participen en el registro de concesiones mineras y en la compra de acciones en las sociedades constituidas sobre los terrenos más prometedores. La presencia de Huelin en Almagrera hay que relacionarla, en primer término, con este progresivo interés de los Heredia por los negocios mineros de la zona.

En 1851 Guillermo comienza a tantear el terreno con una serie de adquisiciones de participaciones en algunas sociedades mineras de la zona. En las escrituras aparece representado por un apoderado e



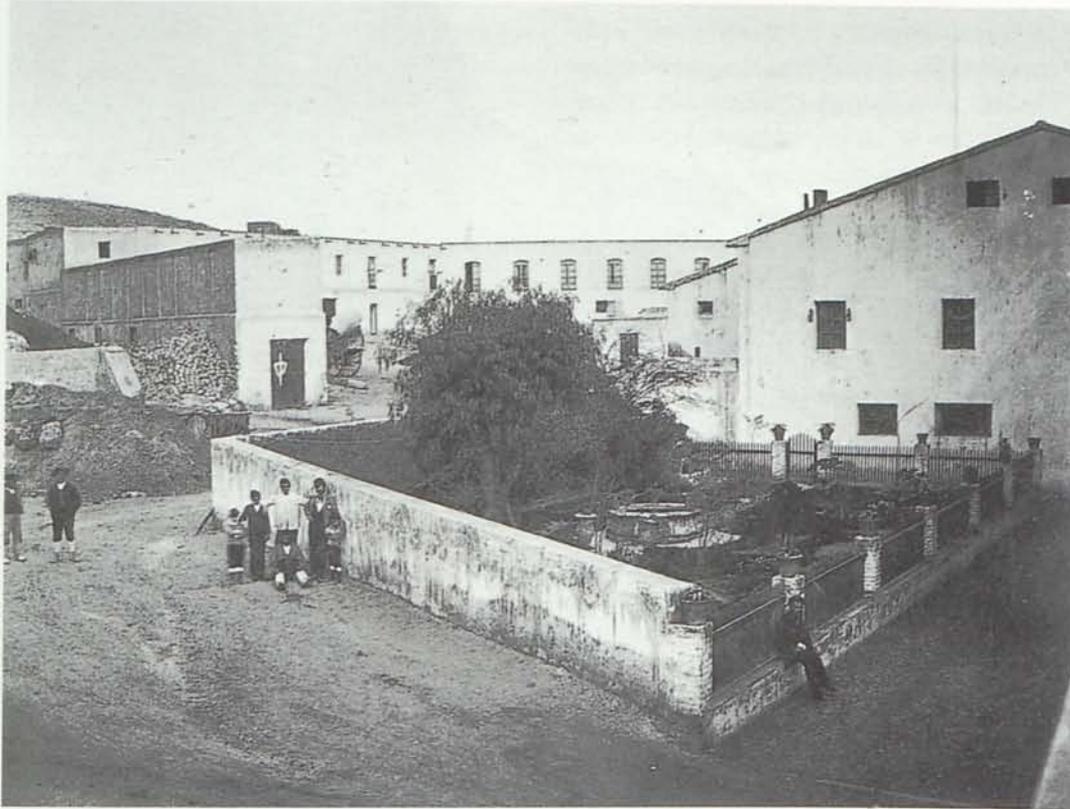
Labores en la Roza «Santa Matilde» de Herrerías, explotación de hierro argentífero y plata nativa muy próxima a Sierra Almagrera. (Foto José Rodrigo / Col. Fondo Espín)

identificado como vecino y del comercio de Málaga. Sin embargo, ese mismo año Huelin se decide por fin a trasladarse a la zona para embarcarse en lo que con el tiempo sería su gran proyecto industrial. Aprovecha las dificultades financieras de un pequeño fundidor vecino de Águilas (Murcia), Francisco Alcázar, que había levantado en el paraje de Palomares (Cuevas del Almanzora) una fábrica de plomo, dotada con un horno atmosférico (al estilo de los de Cartagena) a medio construir, pero con su maquinaria y utillaje completo y, lo que era muy importante, con un derecho de paso por las fincas circundantes hasta el mar, para hacerse con su negocio por 17 mil reales. En realidad, Guillermo H. Huelin, «del comercio de Málaga» todavía, se hacía cargo de la deuda contraída por Alcázar con la casa de comercio Pinto, Pérez y Cía de Londres, que era entonces uno de los distribuidores más importantes del plomo español en el mercado británico y que, como era común en los negocios metalúrgicos de la época, habría anticipado al fabricante los fondos necesarios para la puesta en funcionamiento de la fundición.

A partir de la fábrica «Elisa», que así había sido bautizada por el vendedor murciano, Huelin edificará

su mayor empresa metalúrgica en la costa del levante almeriense, ampliándola y rebautizándola como fundición de «San Francisco Javier» (o «San Javier», a secas). La fábrica de Palomares sería, por sus dimensiones, ubicación y volumen de producción, una de las tres más importantes del distrito minero de Almagrera a partir de los años 1860 (junto con las fábricas «Atrevida» de Abellán Peñuela en Herrerías, o «San Jacinto» en la playa de Garrucha en el término de Vera, propiedad de los señores Anglada y Canga).

Desde el principio, Guillermo dispondría del apoyo financiero de los Heredia para revitalizar la marcha del negocio. La ampliación de los activos de la fábrica y la adquisición de minerales y carbones para acometer los procedimientos metalúrgicos se hizo con rapidez y éxito hasta el punto de que en 1853, el primer año de actividad del establecimiento, los 15.727 quintales castellanos (724 toneladas) de lingotes de plomo argentífero (galápagos) elaborados en su batería de hornos, lo colocaban a la cabeza de las fábricas del distrito (más de media docena), con una producción equivalente al 30 por 100 del total. Tres años más tarde, en 1856 la producción se había incrementado en un 56 por 100 hasta alcanzar los 24.587 quintales (1.131 toneladas), que equivalían



Dependencias de la fábrica de fundición «San Francisco Javier» en Palomares, propiedad de Guillermo H. Huelin. En la parte inferior derecha, sentado, se distingue al fotógrafo José Rodrigo. (Col. Fondo Espin)

al 32 por 100 de la producción total metalúrgica del Levante almeriense. En 1855 Huelin había conseguido de la Dirección General de Aduanas autorización para hacer embarques (de plomo) y desembarques (de minerales, útiles y carbón) a través del fondeadero dispuesto frente a la fábrica en la playa de Palomares, bajo la intervención de los funcionarios de la Aduana de Garrucha. Sucesivas reales órdenes de 1866 y del Regente del Reino en 1870, renovarían este permiso.

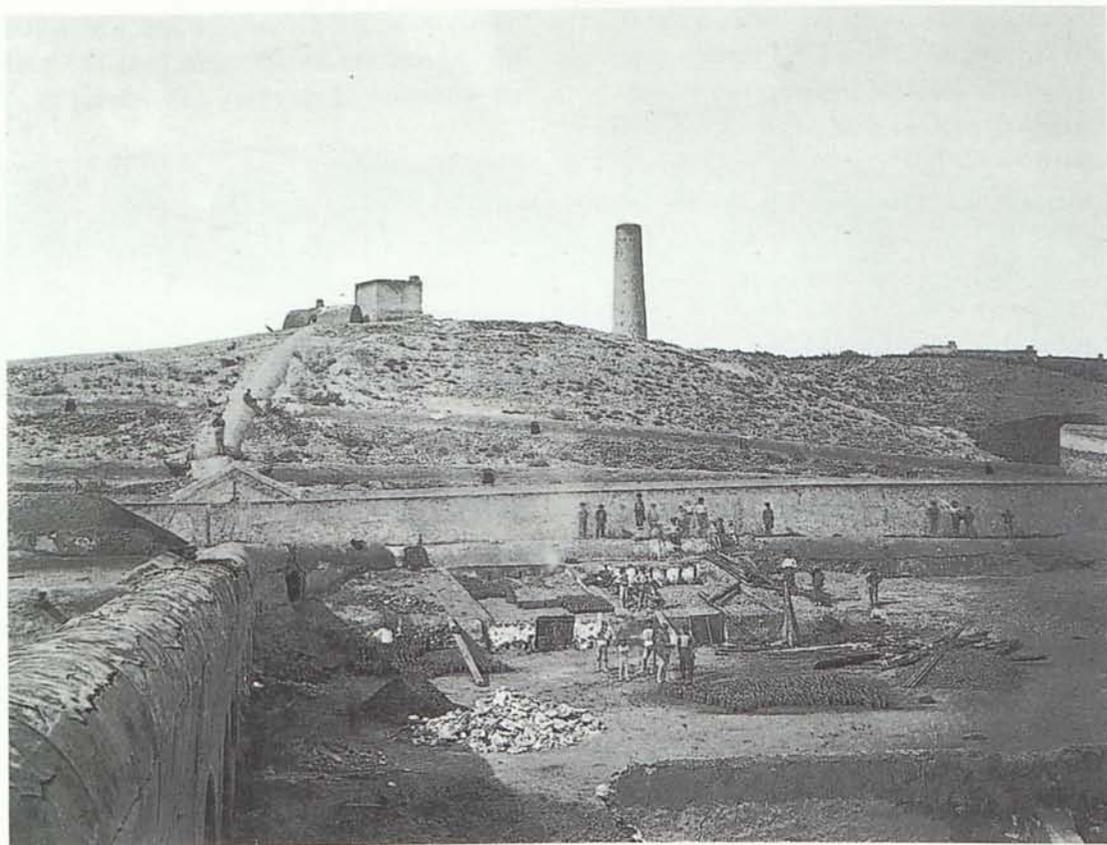
El plomo exportado desde todo el ámbito del distrito aduanero de Garrucha se dirigía en esta época masivamente a la plaza de Marsella (el 90 por 100 del total); pero los datos apuntan en 1856 un volumen de expediciones prácticamente igual al exportado al extranjero (1.800 toneladas) dirigido hacia los puertos de Almería y Adra. Sin que la documentación disponible lo aclare, resulta plausible que la fábrica de Huelin fuera la protagonista de estos envíos con destino a las fundiciones de los Hijos de Heredia en los otros dos puertos almerienses, que estaban dotadas de tecnología metalúrgica para la separación del plomo y de la plata (calderas Pattinson).

La magnitud de los negocios emprendidos en la comarca obligaría a Huelin a trasladar su residencia

hasta Vera inmediatamente después de la compra de la fundición Elisa. En Vera construiría una casa en la calle Mayor que mantuvo hasta su muerte, a la vez que realizaba compras de algunas fincas rústicas en Palomares, Vera y Pulpí. Sin embargo, la fortuna de Huelin sería siempre la de un industrial y comerciante, en la que predominaban sus activos fabriles y mineros o los créditos a su favor.

A pesar de las viviendas que poseía en Vera, Huelin prefirió siempre residir en la fábrica de Palomares. Allí acondicionaría, con gran austeridad, un alojamiento amplio que le permitía controlar de cerca la marcha de sus negocios y el trasiego de barcos en su fondeadero.

Esas condiciones de vida no debieron ser del gusto, por el contrario, de Carolina Larrain, su mujer. Un lugar aislado y desolado como era Palomares en aquel tiempo, en donde las emanaciones de residuos de metales pesados dispersadas por las chimeneas de las fundiciones concentradas en aquel paraje, habían arruinado buena parte de los jardines y plantaciones del entorno (como se anota en el mismo inventario realizado tras el fallecimiento de nuestro personaje), no resultaba muy atractivo para la adinerada criolla, por lo que ésta mantuvo, durante



Amplia panorámica del patio de minerales de la fundición «San Francisco Javier». (Foto José Rodrigo / Col. Fondo Espin)

por lo menos la década siguiente al regreso de Valparaíso, casa abierta en Málaga, en el ensanche burgués de la Alameda. Este sería el domicilio conyugal, adonde acudía con frecuencia Guillermo H. Huelin y donde nacerían sus cuatro hijos, tres hembras y un varón, por este orden: María Dolores (1851), Enriqueta (1852), Carlos (1854) y Josefa (1856). La crianza y educación de esta prole también aconsejaría la permanencia de la familia en Málaga, compartiendo contacto, relaciones y formación con los vástagos de las otras ramas de los Huelin y del resto de la alta sociedad malagueña, de gran interés en el cerrado y endogámico mercado matrimonial de la burguesía del momento (la hija mayor, por ejemplo, terminaría casándose con un pariente, Enrique Huelin Huelin, que ya en sus apellidos resumía las estrategias nupciales dominantes en aquel grupo social).

Aunque esta separación entre los negocios y el domicilio familiar se mantendría a lo largo de toda su vida, en 1863 hubo una cierta aproximación geográfica entre ambos cuando Carolina, usando como recursos propios parte del dinero (80.000 reales) que había aportado al matrimonio, adquiriera una espaciosa mansión en la ciudad de Almería. Se trataba de la casa

que había levantado José de Burgos en la calle la Reina (antigua Rambla de Gorman) esquina con la del Arsenal, en las inmediaciones del Malecón, un entorno predilecto para algunas de las mejores familias burguesas de la Almería decimonónica que también tenían allí sus suntuosas residencias (la «Casa Grande» de Spencer y Roda, banqueros y comerciantes, así como la vivienda de los Barrón).

Poco pudo disfrutar Carolina de su nueva vivienda. Un año y medio después, el 7 de diciembre de 1864, fallecería en Málaga, en su residencia de la Alameda de los Tristes, de una «hepatoneumonitis», según relata su parte de defunción. Contaba con 42 años de edad.

Esta desgracia familiar empujaría todavía más a Guillermo a los negocios minero-metalúrgicos en el Levante almeriense. Junto con la fundición de Palomares, la otra gran iniciativa de Huelin en la comarca sería la explotación del mineral de hierro argentífero de Herrerías. La mina «Santa Matilde» se explotará a cielo abierto, a diferencia de la mayoría de las del distrito, y la roza resultante (conocida como la Roza de Huelin) será la responsable de casi las tres cuartas partes del hierro extraído en la provincia de Almería entre 1870 y 1890, antes de que los



El Boliche de Herrerías. (Foto José Rodrigo / Col. Fondo Espín)

capitales foráneos y el trazado ferroviario hiciera factible la movilización de los recursos férricos del interior de la provincia. Entre 150 y 200 personas se afanaban en la corta de Herrerías en aquel tiempo, a los que habría que sumar otros dos centenares de operarios en las dos fundiciones que Huelin mantenía en actividad («Araucana» en el mismo paraje de Herrerías, aparte de «San Javier»). Nada más que entre Herrerías y Palomares la casa de Guillermo H. Huelin debió dar en plena actividad (décadas de 1860-1870) empleo a unos 500 obreros en tareas mineras y metalúrgicas, sin contar el indeterminado número de arrieros y transportistas dedicados al transporte de los minerales hasta la fábricas y los puntos de embarque, así como al trasiego de materiales, combustible y suministros de todo tipo. Sin duda, Huelin encabezaba, estando ya en retirada los Orozco, la mayor empresa industrial y minera del entorno de Almagrera que no sería superada hasta la irrupción de las sociedades de capital extranjero a partir de 1881.

LAS DIFICULTADES Y LA FALLIDA EXPANSIÓN

Los negocios de Huelin tenían, sin embargo, más de un talón de Aquiles. La Roza estaba en terrenos colindantes al río Almanzora, por lo que las filtraciones eran frecuentes y la explotación debió auxiliarse muy pronto con una máquina de vapor. En 1873 el reputado ingeniero mecánico belga Paul Colson construiría una máquina de 20 CV de potencia que pronto se revelaría insuficiente para ampliar el terreno explotable. El problema del desagüe lastrará la cuenta de resultados de la empresa y pondrá en peligro el futuro de la explotación, a pesar de que el carácter argentífero de las menas extraídas ayudara a mejorar sus cotizaciones. El rendimiento de la máquina de Colson en la roza tuvo

pronto que ser completado con la instalación de un nuevo motor de bombeo importado desde Marsella.

La insuficiencia financiera fue un problema estructural en los negocios de Huelin. Con frecuencia tuvo problemas de liquidez para cubrir las necesidades de circulante y siempre tuvo que buscar financiación externa para acometer sus fuertes inversiones en activos. La dependencia de los Heredia, que se remonta a los tiempos del comercio con Hispanoamérica se mantuvo por lo menos hasta entrada la década de 1860. En una escritura de 1860 reconoce a los Hijos de Heredia un crédito superior a un 1,6 millones de reales, por lo que los declara como dueños de todas sus propiedades (ya sean minas, fábricas, casa en Garrucha...). Esta complicada situación sucedía al fracaso obtenido un año antes, en 1859, en el intento de organizar una gran compañía metalúrgica con Jacinto Anglada y Antonio Canga como socios. Del proyecto frustrado que aspiraba a poner en marcha una gran fundición con una capacidad productiva que permitiera negociar en una posición más firme en el mercado inglés (en el momento en que éste empezaba a predominar sobre el tradicional de Marsella), surgirían dos iniciativas empresariales diferentes que competirían entre sí durante los siguientes veinte años: la fábrica «San Jacinto» de Garrucha, propiedad de Anglada y Canga, primero y de Anglada Hermanos, a continuación, por un lado, y el emporio minero metalúrgico de Guillermo H. Huelin radicado en Herrerías y Palomares, por otro lado, una vez que pudo llegar a un arreglo de su cuantiosa deuda con sus acreedores.

Huelin fue siempre consciente de la necesidad de superar el estadio de pequeño industrial y de aumentar su tamaño empresarial así como sus fuentes de aprovisionamiento. Ya en los años 1850 registró por su cuenta minas de plomo en la Sierra de Cabo de Gata, así como en la Sierra de Bédar (a partir de

unas concesiones que tenían los Heredia desde 1848). Pero sus más importantes iniciativas de expansión se producirían fuera de la provincia de Almería.

Huelin sería uno de los impulsores de la minería del plomo española a lo largo de los cotos que se fueron poniendo en marcha en la mitad sur de la Península. En Mazarrón (Murcia) Huelin mantuvo en actividad la mina «Abundancia». En Jaén tuvo minas en La Carolina. En Badajoz, en los términos de Azuaga y Berlanga. Pero sobre todo será en la provincia de Ciudad Real, en la jurisdicción de Almodóvar del Campo, donde mantuvo en funcionamiento un importante grupo minero vinculado a la fábrica «La Victoria».

En pleno crecimiento le sobrevino la muerte en su fábrica de Palomares, verdadero cuartel general de sus negocios y, como se ha dicho, lugar de residencia habitual de nuestro personaje. Según reza su parte de defunción, Guillermo Henrique Huelin fallecería a las 5 de la mañana del 30 de julio de 1876 a consecuencia de una «pleuroneumonía aguda, o sea una pulmonía y dolor de costado complicada con una dilatación aneurismática de la aorta». Poco tiempo antes se había decidido a entrar en la política y disfrutaba, en el momento de su muerte, de un acta de senador por la provincia de Almería. Fue velado y sepultado en la fábrica, en el interior de su ermita.

Tras su fallecimiento sus negocios se mantendrían girando bajo la razón social de «Guillermo H. Huelin en liquidación» al mando de su único hijo varón, Carlos Huelin Larrain. Este se interesaría también por la política y conseguiría acta de diputado en Cortes por Almería en 1879. En 1880, cuando se hizo el inventario de la fortuna de la familia, ésta ascendía a casi un millón cien mil pesetas, en su mayor parte en edificios y maquinaria industrial. Aunque Carlos intentó mantener la

actividad industrial de la firma, muy pocos años después, entre 1882 y 1883, terminaría traspasando la mayor parte de sus activos dentro y fuera de la provincia de Almería a las dos grandes empresas francesas que se habían fundado en París en 1881: la «Compagnie d'Aguilas» y la «Société Minière et Métallurgique de Peñarroya».

El final de la trayectoria de Huelin en la minería del plomo, próximo en el tiempo al de otros industriales como Orozco, Anglada o Abellán, demuestra la imposibilidad del sector para consolidar un tejido empresarial autóctono. El margen de maniobra de estos empresarios terminó siendo muy estrecho. Su papel en la modernización de las explotaciones mineras estuvo bloqueado por una legislación que amparó, a la postre, actitudes oportunistas. Su futuro como industriales independientes estuvo pronto en peligro por la evolución de los mercados internacionales: la caída de los precios destruyó la competitividad de sus fábricas y su débil presencia en los circuitos de comercialización, así como el deterioro de sus ventajas de localización, les condenó finalmente a traspasar sus negocios industriales durante las dos últimas décadas del siglo XX.

BIBLIOGRAFÍA:

- GARCÍA MONTORO, C.: *Málaga en los comienzos de la industrialización: Manuel Agustín Heredia (1786-1846)*.- Córdoba: Instituto de Historia de Andalucía, 1979.
- SÁNCHEZ PICÓN, A.: *La minería del Levante almeriense (1838-1930). Especulación, industrialización y colonización*.- Almería: Cajal, 1983.
- SÁNCHEZ PICÓN, A.: *La integración de la economía almeriense en el mercado mundial (1778-1936)*.- Almería: Instituto de Estudios Almerienses, 1992.

